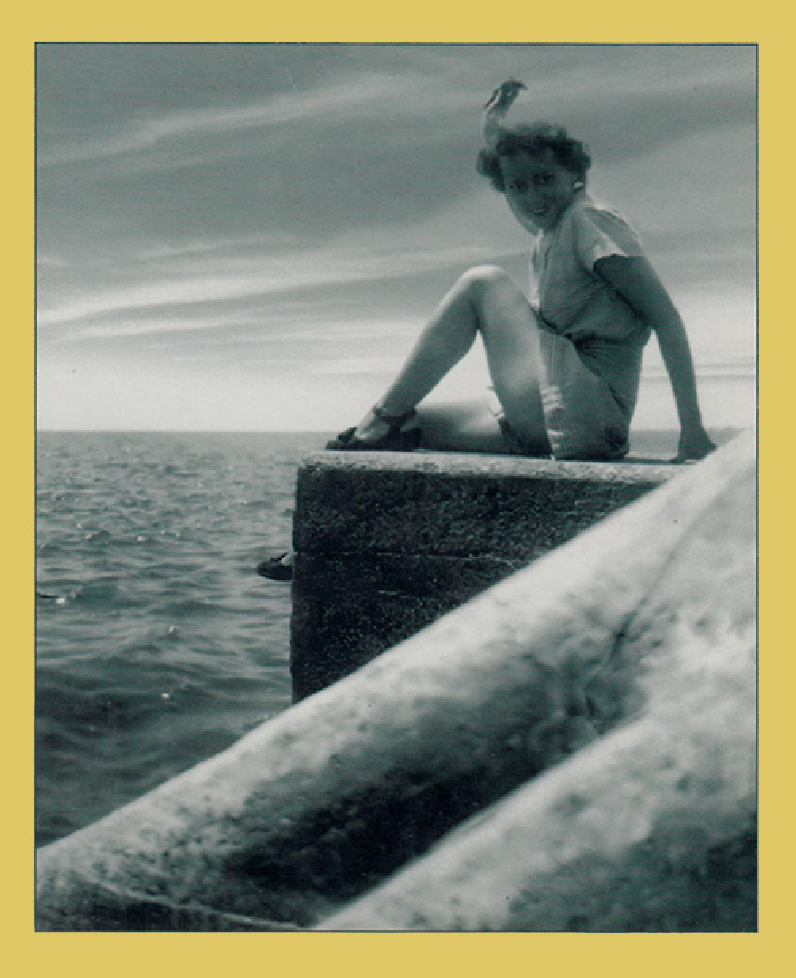
RICHARD FORD

Mi madre



Se llamaba Edna Akin, y había nacido en 1910, en un rincón perdido de Arkansas que entonces aún era una tierra dura, donde apenas diez años antes forajidos y atracadores formaban parte del paisaje. Edna es la madre de Richard Ford, que no habla de este salvaje oeste para inscribirla —o inscribirse— en una mitología, sino porque ese territorio y esa época ya se le ocurren infinitamente lejanos e incognoscibles, y es ella quien lo liga a un pasado que parece tan remoto.

Y este es el punto de partida de la reconstrucción, entre certezas y sospechas, pero siempre con un púdico e intenso amor, del enigma de la novela familiar. De la historia de esa niña a quien su madre —la abuela de Richard Ford— hizo pasar por su hermana cuando abandonó a su marido y se fue a vivir con un hombre mucho más joven. De esa superviviente que se casó con un viajante —los dos eran muy jóvenes— y, antes de tener hijos y echar el ancla, vivió quince años en la carretera, ligera de equipaje, en un puro presente.

De esa madre a quien siendo un niño descubrió como a una extraña, la mujer que veían los otros, los de afuera, el día en que una vecina habló de ella como de una morena guapa y vivaz. Que se quedó viuda a los cuarenta y nueve años, que fue entonces de un trabajo a otro para mantenerse y mantener a su hijo adolescente, que nunca pensó que la vida era otra cosa que lo que le había tocado vivir…



Richard Ford

Mi madre

ePub r1.0

German25 12.01.18

Título original: *My mother*
Richard Ford, 1988
Traducción: Marco Aurelio Galmarini

Editor digital: German25
ePub base r1.2



Kristina

Mi madre se llamaba Edna Akin y nació en 1910, en el lejano rincón noroccidental del estado de Arkansas, Benton County, en un lugar de cuya localización exacta no estoy ni he estado nunca seguro. Cerca de Decatur o de Centerton, o de una pequeña ciudad que ya no es ciudad. Sólo un paraje rural. Por allí cerca pasa la línea de Oklahoma y en 1910 era una zona dura, con sensibilidad de frontera. Sólo diez años antes ladrones y forajidos poblaban el paisaje. Bat Masterson todavía estaba vivo y no hacía mucho que se había ido de Galina.

No hago hincapié en estas circunstancias por sus posibilidades novelísticas ni porque piense que otorgan a la vida de mi madre ninguna cualidad especial, sino por la impresión que dan de pertenecer a una época remota y un lugar lejano e inaccesible. Y sin embargo mi madre, a quien amaba y conocía muy bien, me vincula a ese territorio extraño, a eso otro que fue su vida y de lo que en realidad no sé ni supe nunca demasiado. Es una cualidad de la vida con nuestros padres que a menudo nos pasa inadvertida y por consiguiente no le damos importancia. Los padres nos conectan —por encerrados que estemos en nuestra vida— con algo que nosotros no somos pero ellos sí; una ajenidad, tal vez un misterio, que hace que, aun juntos, estemos solos.

El acto y el ejercicio de abordar la vida de mi madre es, por supuesto, un acto de amor. No debe pensarse que mi incompleto recuerdo de esa vida o mi conocimiento insuficiente de los hechos son demostraciones de amor incompleto. Amé a mi madre como lo hace un niño feliz, sin pensarlo, sin dudas. Cuando me hice adulto y nos conocimos como adultos, nos tuvimos un gran respeto; podíamos decir «te quiero» cuando parecía necesario para aclarar las situaciones, pero sin detenernos en ello. Ahora eso me parece perfecto, igual que me lo parecía entonces.

Forzosamente tengo que recomponer la vida de mi madre a

partir de fragmentos. No éramos una familia a la que la historia tuviera mucho que ofrecer. Esto tenía seguramente algo que ver con el hecho de no ser ricos, de vivir en el campo, de tener una educación incompleta, o simplemente a un conocimiento insuficiente de muchas cosas. Para mi madre la historia se reducía a muy poco, no había acontecimientos heroicos o dramáticos, sólo pequeños asuntos, residuos olvidables, mezquinos algunos de ellos. La Gran Depresión debió de tener algo que ver con ello, seguramente. Mi madre y mi padre vivían el uno para el otro y al día. En los años treinta, después de casarse, vivían esencialmente en la carretera. Bebían. Lo pasaban bien. Les parecía que no tenían gran cosa que rememorar, y no miraban atrás.

La familia de mi padre procedía de Irlanda y era protestante. Eran los años setenta del siglo XIX, y un océano dividía el mundo. De los inicios de la vida de mi madre no sé mucho. No sé de dónde era su padre, si también era irlandés o era polaco. Era carretero, y mi madre hablaba de él con cariño, aunque de manera elíptica y sin asumir la responsabilidad de contar absolutamente nada. «¡Oh! —decía a veces—, mi padre era un buen hombre». Eso era todo. Murió de cáncer en los años treinta, pienso, pero no antes de que mi madre fuera abandonada por su madre y viviera un tiempo con él. Eso fue antes de 1920. Creo que ambos —hija y padre— vivieron cerca del lugar donde ella había nacido —otra vez en el campo— y que para ella fue una época feliz. Tan feliz como cualquier otra. No sé qué le entusiasmaba entonces, qué pensaba. Su voz no me llega desde tanto tiempo atrás, aunque me gustaría oírla.

De su madre hay mucho que decir, toda una historia. Era del campo y tenía hermanos de ambos sexos. De ese lado de la familia había sangre india, aunque nunca se supo con claridad de qué tribu. No sé nada de sus padres, aunque tengo un retrato de mi bisabuela y de mi abuela con su flamante segundo marido, sentados en un viejo carromato, y mi madre en la parte de atrás. Por entonces mi bisabuela ya era vieja, parece una bruja; a mi abuela se la ve seria y guapa con un largo abrigo de castor; a mi madre, joven y con penetrantes ojos oscuros fijos en la cámara.

En algún momento mi abuela había abandonado a su marido y se había marchado con el joven del retrato, boxeador y peón. Un muchacho bien parecido. Delgado, ágil y astuto. Su apodo era «Kid

Richard» (por extraño que parezca, yo llevo *su* nombre). Esto ocurría en lo que hoy es Fort Smith. Posiblemente en 1922. Mi abuela era mayor que Kid Richard, cuyo verdadero nombre era Bennie Shelley. Y, para casarse rápidamente con él y conservarlo, mintió sobre su edad, se quitó ocho años y comenzó a desagradarle la delatora presencia de su bonita hija, mi madre.

Así, durante una temporada —todo en su vida parece haber sucedido durante temporadas, nunca muy largas—, mi madre fue enviada al colegio de monjas de Santa Ana, también en Fort Smith. A su padre, en el campo, debió de parecerle una buena idea, pues él pagaba la matrícula y ella era educada por las monjas. No sé qué hizo exactamente su madre —que se llamaba Essie, Lessie o simplemente Les— durante ese tiempo, quizás tres años. Se había casado con Bennie Shelley, que era de Fayetteville y tenía familia allí. Él trabajaba como camarero y luego pasó a un servicio de vagón restaurante en Rock Island. Esto implicaba vivir en El Reno y en el otro extremo de la línea ferroviaria, Tucumcari, Nuevo México. Abandonó el boxeo y mi abuela lo trataba con todo el rigor que podía, porque le parecía que con él tenía un largo camino que recorrer. Por algo Bennie Shelley fue su última y mejor elección. Un billete para largarse. Adonde, no estoy seguro.



Edna Lavon Akin y su madre, Essie Akin, c. 1917.

Mi madre me contó muchas veces que le gustaban las hermanas de Santa Ana. Eran estrictas. Inflexibles. Seguras de sí mismas. Dedicadas. Graciosas. Pienso que fue allí, como interna, donde recibió toda la educación que tuvo nunca: hasta noveno curso; era una buena estudiante y la querían, aunque fumaba cigarrillos y la castigaban por eso. Creo que si no me hubiera hablado nunca de las monjas, si no hubieran impreso ese sello en su vida, yo no habría podido entender ni siquiera esos sucesos. Santa Ana proyectó su sombra sobre el resto de su vida. En el fondo de su corazón, mi madre era una católica secreta. Practicaba el perdón. Obedecía los rituales y los protocolos. Reverenciaba los dictados de la fe; respetaba las disciplinas espirituales. Todo lo que yo pienso de los

católicos se lo debo a ella, que nunca lo fue, pero que vivió entre católicos a una edad temprana y aparentemente le agradaban tanto las cosas que había aprendido como las personas que se las habían enseñado. Más tarde, cuando, ya casada con mi padre, fue a conocer a su suegra, tuvo siempre la sensación de que la consideraron católica y de que la familia de su marido no la acogió como quizás hubiera hecho con otra chica.

Pero cuando su padre, por razones que desconozco por completo, dejó de pagar su educación, su madre —que entonces exigía que se hicieran pasar por hermanas— la sacó de Santa Ana. Y de la escuela para siempre. Nunca fue un elemento bien recibido en la vida de su madre y nunca supe por qué se la llevaron con ellos. Es uno de esos hechos inexplicables que tienen una gran importancia.

Se mudaron varias veces. A Kansas City nuevamente a El Reno, a Davenport y a Des Moines, adondequiera que el ferrocarril llevara a Ben Shelley, que seguía trabajando en el vagón restaurante y se volvía cada vez más ambicioso. Con el tiempo, dejaría el ferrocarril e iría a trabajar como encargado de *catering* en el Hotel Arlington de Hot Springs. Y allí puso a mi madre a trabajar en el estanco, donde se le abrió una rendija a un mundo más amplio. De lejos llegaba gente para los baños, judíos de Chicago y Nueva York. Extranjeros. Gente de dinero. Conoció a jugadores de béisbol, se hizo amiga de Dizzy Dean y de Leo Durocher. Durante esa época, más o menos a los diecisiete años, debió de conocer a mi padre.

Naturalmente, no sé nada de su noviazgo, salvo que se produjo sobre todo en Little Rock, probablemente en 1927. Mi padre tenía veintitrés años. Trabajaba para una empresa proveedora de ultramarinos de la zona. Tengo una foto suya en la que se lo ve, limpio delantal blanco y corbata, de pie con otros dos jóvenes empleados en una tienda de comestibles, junto a una caja de repollos. Ni siquiera sé dónde está eso. Little Rock o Hot Springs. Alguno de estos sitios. Es sólo una vaga indicación. Qué lo llevó del campo a Little Rock es algo que nunca sabré, como tampoco sabré lo que tenía en aquel momento en la cabeza. Murió en 1960, cuando yo tenía sólo dieciséis años. Entonces no se me había ocurrido preguntarle.

Pero he pensado en ellos como pareja joven. Mi madre, de pelo

negro, ojos oscuros, curvilínea. Mi padre, de ojos azules como yo, corpulento, crédulo, honesto, amable. Puedo pensarlos juntos. Puedo imaginar qué sentiría cada uno de ellos enseguida: de repente, he aquí una buena persona. Mi madre tenía experiencia. Había trabajado en hoteles, había estado interna en una escuela y había salido, había vivido en ciudades y había hecho algunos viajes. Pero mi padre era un chico del campo que había abandonado la escuela en el séptimo curso. El menor de tres hermanos, todos criados por la madre, el hijo protegido de un suicida. Puedo creer que mi madre deseara una vida mejor que la de trabajar para su ambicioso padrastro y su retorcida madre en empleos sin ningún futuro, que no se creyera bien tratada y que pensara que su vida era demasiado «dura», que estuviera cansada de ser la hermana de su madre; que aquella era una vida extraña, que estaba en peligro de perder toda esperanza; que estaba aburrida. Y puedo creer que mi padre simplemente vio a mi madre y la deseó. Que la amaba. Y así fue.

Se casaron en Morrilton, Arkansas, ante el juez de paz, en 1928, y a la mañana siguiente llegaron al hogar de mi padre en Atkins, recién casados. No tengo ni idea de qué se pensaba o se decía de esto. Actuaron con independencia, y mi madre nunca sintió necesidad de comentarlo. Aunque sospecho que se sabían desaprobados.

Pienso que puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que mis padres querían tener hijos. No sé cuántos ni cuánto tiempo después de casarse. Pero se jactaban modestamente de que mi padre tuviera un empleo durante la Gran Depresión y pienso que había dinero suficiente. Vivían en Little Rock, y por un tiempo mi padre trabajó en una tienda de ultramarinos, hasta que en 1932 lo despidieron y trabajó vendiendo almidón para una compañía en las afueras de la ciudad de Kansas, la Faultless Company. También Huey Long había trabajado para ella. El trabajo obligaba a viajar y casi siempre lo hacían juntos. Nueva Orleans. Memphis. Texarkana. Vivían en hoteles y pasaban sus horas y sus días libres en Little Rock. Pero casi siempre estaban viajando. Mi padre visitaba tiendas de comestibles, comerciantes mayoristas, prisiones y hospitales, y daba

cursos en escuelas para enseñar a los recién casados a almidonar la ropa sin hervir el almidón. Mi madre únicamente se refería a esa etapa para decir que juntos se habían «divertido» —era la palabra que utilizaba— y habían comenzado a pensar que no podrían tener hijos. Nada de hijos. Ni siquiera sé si eso les importaba mucho. Su estilo no era el de luchar contra el destino, sino el de aceptar de buen grado la vida. Esa temporada se prolongó quince años. Vivieron entonces toda una vida. Una vida sin ataduras, sin residencia fija. Bebida. Coches. Restaurantes. Pocas preocupaciones. Tenían amigos en Nueva Orleans, Memphis, Little Rock y en la carretera. Se hicieron amigos de mi abuela y Bennie, que no era mucho mayor que mi padre, a lo sumo cuatro años. Pienso que estaban simplemente atrapados en su vida, una vida en el Sur, en los años treinta, una especie de torbellino que no ofrecía en realidad un sitio adonde ir. Debió de haber muchas vidas como esa en aquel tiempo. A mí, ahora, me parece una era, una época específica, la Gran Depresión. Pero para ellos, por supuesto, era sólo su vida.



Parker Ford y Edna Ford, Jackson, Mississippi, final de la década de 1940.

A mi madre algo de esa época debió de hacerle pensar que era inenarrable, no valía la pena contarla o no era necesario hacerlo. Mi padre, que no era en absoluto aficionado a contar historias, nunca tuvo ocasión de recordarla. Y yo, que no tenía necesidad de tener un pasado completo, sin lagunas, como les ocurre a algunos muchachos, nunca pregunté. Parecía un terreno privado que yo no debía invadir. Sé que las fugaces referencias de mi madre a aquella época, como si los años treinta no hubieran sido otra cosa que un largo fin de semana —demasiada bebida, desenfreno, desarraigo—, me daban la impresión de que podía haber habido algo poco decente, una cierta ligereza de espíritu, algo en lo que, aunque no se lo pudiera llamar maldad, era preferible que un hijo no pensara

demasiado, algo por lo que no tuviera que preocuparse. En esencia, había sido su tiempo, un tiempo para sus fines y no para los míos. Y había quedado atrás.

Pero, contemplada desde el momento de mi nacimiento, en 1944, toda aquella vida vivida sin hijos y sin expectativas debía de parecerle a mi madre un tiempo extraño, una vida encapsulada, tal vez incluso una vida que recordaba poco clara, sin objetivos, en comparación con la plenitud de sentido de una vida con un hijo. Sin embargo, había establecida entre ellos una intimidad que proyectaban en una vida más responsable, una vida en la que nunca habían dejado de pensar por el hecho de no haber tenido hijos.

Todo primer hijo, y ciertamente todo hijo único, considera el inicio de su vida un acontecimiento extraordinario. Para mis padres, mi llegada al mundo fue una sorpresa y coincidió con el fin de la Segunda Guerra Mundial, que en este país puso fin a los años treinta. Y se produjo cuando mi madre llevaba quince años casada con mi padre, cuando, en lo esencial, habían dejado atrás la juventud. Él tenía treinta y nueve años; ella, treinta y tres. Es indudable que se sentían felices de tenerme. Debió de ser un acontecimiento que de una vez dio a su vida de pareja una apariencia convencional, que los asentó, los hizo pensar en cosas en las que sus amigos habían pensado hacía años. Establecerse en un lugar. El futuro.

Nunca habían tenido una casa o un coche en propiedad, aunque su trabajo proporcionaba a mi padre un coche de empresa. Nunca habían tenido que elegir un «hogar», un sitio donde quedarse. Pero entonces lo hicieron. Se mudaron de Little Rock a Mississippi, a Jackson, que era el centro geográfico de la zona de trabajo de mi padre y un lugar al que podía regresar con facilidad casi todos los fines de semana, pues mi madre ya no quiso viajar con él. Iba a llegar un bebé.

En Jackson no conocían a nadie, salvo los mayoristas a los que mi padre visitaba y uno o dos vendedores a los que conoció viajando. No estoy seguro, pero pienso que no fue una transición fácil. Alquilaron y luego compraron una casa de ladrillo de dos plantas cerca de una escuela. Se unieron a una iglesia. Encontraron una tienda de comestibles. Una parada de autobús, aunque desde el 736 de North Congress se podía ir andando hasta la calle principal

de Jackson. Lo mismo que a la biblioteca y al parlamento estatal. Tenían vecinos; gente mayor, familias firmemente asentadas en casas más bonitas, más antiguas y más grandes de un barrio que, también él, estaba en transición. Eso era para ellos la vida ahora. Mi padre salía a trabajar el lunes por la mañana y regresaba el viernes por la noche. Nunca había hecho exactamente eso antes con tanta exactitud, pero le gustaba, creo. Uno de mis primeros recuerdos lo evoca desplazándose por la casa soleada el lunes por la mañana silbando.

Así empezó mi vida. Una vida que pasaba con mi madre, una sombra en una foto mía. Días. Tardes. Noches. Caminatas. Comidas. Ropa. Aceras. Películas. El hogar. Radio. Y los fines de semana, mi padre. Un hombre agradable, corpulento, cariñoso, que nos visitaba. Feliz de volver a casa. Feliz de marcharse.

Entre ellos no sé qué pasaba. Pero, dados sus respectivos caracteres, me inclino por creer que no pasaba nada. Que su vida cambió radicalmente, que allí estaba yo, que el futuro tenía un significado diferente, que aparentemente no se hablaba de otros hijos, que ahora se veían mucho menos; nada ofrecía señal alguna de cómo se sentían el uno con el otro, o cómo manifestaban ese estado. Ninguno de los dos se planteaba demasiadas cuestiones. No se autoobservaban demasiado. La psicología no era precisamente una ciencia que cultivaran. Descubrieron, si no lo sabían ya, que habían firmado para todo el viaje.



Edna y Parker con su hijo, Richard Ford, c. 1950.

Ahora veían transcurrir la vida de esa manera y no de aquella. Se amaban. Me amaban. No había muchas otras cosas que importaran.

No creo que mi madre aspirara a una carrera profesional que la colmara de satisfacción o a una vida social más activa. No pienso que mi padre tuviera otra mujer por ahí. Tampoco pienso que mi intrusión en su vida fuera para ellos algo en lo que no hubieran pensado como normal y bueno. Sé, por experiencia, que tengo el hábito de buscar lo normal en la vida, de perseguir razones para creer que esto o aquello está bien. En parte, se debe a que mis padres me educaron de esta manera y vivieron una vida que era el vivo retrato de un mundo, una existencia privada, que podía ser así. Ni siquiera hoy, en medio de mis propias preocupaciones vitales,

pienso que sea una mala manera de ver las cosas.

Ahora, la parte de mi vida que tiene que ver con mi madre.

Los primeros once años —los años de la guerra de Corea, Truman y Eisenhower, la televisión, las bicicletas, una gran nevada en 1949— vivíamos en North Congress Street, bajando la colina desde la sede del parlamento local y frente a la casa donde vivió Eudora Welty de niña, treinta y cinco años antes. Era la puerta contigua a la escuela Jefferson Davis. Recuerdo que una vez una vecina me paró en la acera y me preguntó quién era; eso podía sucederle a uno. Yo tenía entonces tal vez nueve o siete años. Cuando dije mi nombre —Richard Ford— ella comentó: «Sí, claro. Tu madre es esa mujer guapa de pelo negro que vive un poco más arriba». Eso me afectó entonces y me afecta todavía hoy. Creo que fue la primera vez que tuve la idea de que mi madre era alguien más que mi madre, alguien a quien los demás veían y juzgaban: una mujer guapa, cosa que no era. Con el pelo oscuro, eso sí. Medía, lo sé, uno sesenta y dos. Pero nunca supe si eso es ser alta o baja. Pienso que siempre creí que era normal. Sin embargo, recuerdo esto como un momento significativo de mi vida. Pequeño pero importante. Me hizo tomar conciencia de, cómo decirlo, el lado público de mi madre. Del lado que los demás veían y con el que trataban y que estaba allí. Pienso que, después de eso, nunca volví a pensar en ella de otra manera que como Edna Ford, una persona que era mi madre pero también alguien más. Pienso que después de eso nunca volví a dirigirme a ella sin esa premisa, es decir, como me dirigiría a cualquier otra persona que conociera.

Es una lección que vale la pena aprender. Y corremos el riesgo de no conocer nunca a nuestros padres si la ignoramos. Una guapa morena de metro sesenta y dos. Parte de ella era eso, y no me hacía ningún daño saberlo. Puede incluso que me ayudara, pues uno de los primeros retos que se nos presentan es saber que a nuestros padres, suponiendo que vivan el tiempo suficiente, merece la pena conocerlos, y eso es físicamente posible. Es parte de la vida normal. Y cuanto más se acerque nuestra visión de ellos a la que tiene el resto del mundo, más posibilidades tenemos de conocerlos.

De mi madre no conservo más que recuerdos sueltos hasta los

dieciséis años, en 1960, un año decisivo para los dos: el año en que mi padre se despertó jadeando un sábado por la mañana y murió antes de poderse levantar. Yo, sobre su lecho, trato afanosamente de encontrar una manera de ayudarle. Lo sacudo. Grito en su cara dormida. Respiro en su boca fláccida. No sé por qué, lo giro sobre el vientre. Estoy aterrorizado, helado. Y durante todo ese tiempo, de pie en la puerta del dormitorio de mi padre, en nuestra casa nueva de las afueras de Jackson, mi madre se apretaba las sienes con los nudillos y se iba poniendo histérica. Terminó por perder el control durante un momento.

Pero antes, esos recuerdos sueltos. Deben de tener su importancia, de lo contrario no los evocaría con tanta claridad. Un pinchazo los tres en el coche en el puente de Greenville, sobre el Mississippi. Allá arriba, encima del río. Permanecimos en el coche mientras mi padre reparaba la avería y mi madre me sujetaba con tanta fuerza contra ella que apenas me dejaba respirar. Tenía seis años. Ella siempre decía: «Te asfixiaba cuando eras pequeño.

Eras lo único que teníamos. Lo siento». Luego me contaba esta historia. Pero yo no lo sentía. Me parecía normal, pues ahí estábamos los dos. «Asfixiarte» significaba «Aquí hay peligro», «El amor te protege». Todavía hoy son lecciones que respeto. No me siento cómodo en los puentes, pero sospecho que nunca me he sentido cómodo en ellos.

Recuerdo que mi madre fue sometida a una histerectomía y mi abuelo, Ben Shelley, le hacía bromas sobre lo buenas «barberas» que habían sido las monjas del Hospital de Santo Domingo. Eso la hacía llorar.

Recuerdo que una vez ocurrió algo en el patio delantero de Congress Street. Yo dije o hice algo —no sé qué— y mi madre salió corriendo a través del patio de la escuela contigua. Simplemente corría. Recuerdo que eso me asustó y grité: «¡No!»; entonces ella paró a mitad de camino y volvió. Nunca he sabido hasta qué punto estaba jugando, pero comprendo que podía haber razones para huir. Sola, con un hijo pequeño, sin conocer a nadie. Es suficiente.

Hubo entre ellos dos peleas que presencié. Una en St. Louis Street, en el barrio francés de Nueva Orleans. Fue frente al restaurante
Antoine’s,

y ahora pienso que ambos estaban borrachos, aunque yo no lo sabía, ni siquiera sabía qué era estar borracho. Uno quería comer en el restaurante. El otro se negaba y quería regresar al hotel, que estaba a la vuelta de la esquina. Era el año 1955. Creo que teníamos entradas para la Sugar Bowl (Navy contra Ole Miss). Se gritaron, me parece que mi padre la tiró del brazo y se volvieron, caminando separados. Después dormimos los tres en la misma cama en el Hotel Monteleone y nadie mantuvo el enfado. En nuestra familia nunca nadie refunfuñaba, guardaba rencor o estaba mucho tiempo enfadado, aunque todos podíamos enfadarnos en un momento dado.

La otra pelea fue peor. Creo que fue el mismo año. Estaban bebiendo. Mi padre invitó a unos amigos y a mi madre no le gustó. Todas las luces estaban encendidas en la casa. Ella maldecía. Recuerdo a los invitados de pie junto a la puerta de entrada, todavía en el porche y mirando hacia el interior. Recuerdo sus rostros blancos y a mi madre gritándoles que se marcharan, que es lo que hicieron. Entonces mi padre la cogió por los hombros, la puso contra la pared junto al baño y le gritó mientras ella luchaba por liberarse. Recuerdo la intensidad de las luces. No se pegaron. Nunca había golpes, excepto cuando me los daban a mí. Sólo se gritaron y forcejearon. Así eran sus peleas. Y después de un rato, recuerdo, estábamos todos otra vez en la cama, yo en el medio, y mi padre llorando. «Bua, bua, bua. Bua, bua, bua». Estos eran los sonidos que emitía, como si hubiera leído en algún sitio cómo se llora.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces y he recordado cosas de las que no hablo hoy. Algunas he tratado de volcarlas en novelas. He escrito cosas y las he olvidado. He contado historias. Y había más, una vida es más. En verano mi madre y yo viajábamos con mi padre. Sentados en aquellos coches recalentados en los estados de Louisiana, Arkansas y Texas, esperábamos mientras él trabajaba, mientras hacía sus visitas. Íbamos a la costa: Biloxi y Pensacola. A Memphis. A Little Rock casi todas las vacaciones. Íbamos. Ese era el motivo de los viajes. Vivíamos en Jackson, pero él viajaba. Y siempre que podíamos, viajábamos con él. Sólo por viajar, y cuando empezó a tener problemas cardíacos, para ayudarle. El tiempo que nos quedábamos era variable. Lo que no variaba era el estar con ellos, sobre todo con ella. Mi madre.

Luego murió mi padre y eso cambió todo, y en lo que a mí respecta y por extraño que parezca, en muchas cosas para mejor. Pero no para mi madre. En lo que a ella se refiere, nunca nada volvería a estar del todo bien. Una parte importante de la vida se acabó para ella el 20 de febrero de 1960. Él había sido todo para ella y todo lo que estaba naturalmente implícito se hizo de pronto explícito en su vida. No estaba preparada para eso ni le interesaba estarlo. Así, de una manera que hoy veo clara y veía entonces casi con la misma claridad, se rindió.

No es que se rindiera en lo que afectaba a mi persona. Yo tenía dieciséis años, acababa de tener algunos problemas con la justicia y ella, diría yo, se hizo muy consciente de los aspectos formales de su vida. Era viuda. Tenía cincuenta años. Tenía un hijo que era un buen muchacho pero que podía meterse en líos si ella no estaba atenta. Así que, a su manera, estaba atenta.

No mucho después del funeral, cuando yo ya había vuelto a la escuela y los vecinos habían dejado de llamar y traer platos de comida —en otras palabras, cuando comenzaban de verdad la pena y el duelo—, me hizo sentarme a su lado y me dijo que a partir de ese momento tendríamos que ser más independientes, que ella no estaría en condiciones de cuidarme como hasta entonces. Acordamos que yo tenía un futuro pero que tendría que cuidar de mí mismo. Y, dentro de lo posible, haríamos bien en cuidarnos mutuamente. Ahora éramos socios, es lo que recuerdo que pensaba. Mi padre en realidad nunca había estado mucho con nosotros, de modo que para mí (aunque no para ella) su ausencia definitiva no era un motivo tan acusado de dolor. Y una asociación me parecía un buen arreglo. Yo tenía que evitar ir a la cárcel porque ella no me sacaría de allí. No me sacaría. Tenía en cambio que buscar amigos en quienes confiar. Podía tener coche propio. Podía ir en verano a Little Rock a casa de mis abuelos para buscar trabajo. Esto se sobreentendía pero nunca se planteaba con exactitud (entonces tratábamos de no ser demasiado claros, no queríamos que quedara todo explícito, puesto que tanto era lo que había entonces y tan poco lo que había habido antes). Esto le daría tiempo libre para adaptarse. Para pensar. Para hacer de ella lo que tuviera que hacer

para seguir adelante.

No recuerdo exactamente la cronología de los hechos. Era entre 1960 y 1962. Yo estaba en el décimo curso y siguientes. No me llevaron a la cárcel. Pasé varios veranos con mis abuelos, que en esa época administraban un gran hotel en Little Rock. Tuve un Ford negro del cincuenta y siete, que me robaron. Recibí palizas y cambié de amigos. Hacía lo que me habían dicho. En otras palabras, comencé a crecer deprisa.

Pienso en aquella época —entre la muerte de mi padre y el momento en que me marché a Michigan para ir a la universidad— como en una época en que no vi mucho a mi madre. Sin embargo no fue exactamente así. Ella estaba allí. Yo estaba allí. Pero no puedo pasar por alto mi propia adaptación a la muerte y a la ausencia de mi padre, a mi independencia. Se me ocurre que me sentía más desconcertado que afligido, y es verdad que mis nuevos amigos me apoyaron. Mi madre se puso a trabajar. Encontró un empleo para hacer algo en una empresa de ilustraciones didácticas. Hacía falta un aprendizaje y lo realizó. Fue sólo entonces, a finales de 1960, a los cincuenta años, cuando sufrió por primera vez las consecuencias de haber abandonado la escuela en 1924. Pero se las arreglaba, volvía a casa cansada. No me parece que tuviera problemas. Luego lo dejó. Se colocó en una agencia inmobiliaria que alquilaba pisos en un edificio nuevo y luego trató de conseguir el puesto de directora, pero no pudo, quién sabe por qué. Luego trabajó como cajera nocturna en un hotel, el Robert E. Lee, empleo que conservó tal vez durante un año. Después fue recepcionista de urgencias en el Hospital de la Universidad de Mississippi. Este trabajo le gustaba mucho.

En todo ese tiempo hubo al menos un novio. Un hombre casado, de Tupelo, llamado Matt, que vivía en el edificio de apartamentos donde ella trabajaba. Era corpulento, algo rudo, trabajaba en la venta de muebles, conducía un Lincoln y llevaba un revólver sujeto a la columna de dirección. Me gustaba. Y me gustaba que le gustara a mi madre. No importaba que estuviera casado, al menos a mí no me importaba, y supongo que tampoco a mi madre. En realidad no tengo ni idea de lo que había entre ellos, qué hacían cuando estaban solos. Tampoco me preocupa. Él la llevaba de viaje en el coche. O a Memphis en su avión. Era respetuoso con nosotros dos.

Supongo que ella debió de decirme que sólo era un pasatiempo, que sólo se liberaba la mente de preocupaciones dejando que alguien fuera amable con ella. Pero no me importaba. Ambos sabíamos que nada de lo que me dijera de él o de lo que hacía con él tenía por qué ser verdad. A veces pensaba que quería que se casara con Matt. Otras veces me conformaba con que fueran amantes, si es que lo eran. Él tenía hijos varones más o menos de mi edad, a los que más tarde conocería y que me gustarían. Pero eso fue antes de que él y mi madre pusieran fin a la relación.

La ruptura la desencadené yo, pero ahora pienso que no fui realmente la causa. Matt había desaparecido un tiempo. Su negocio lo llevó a Jackson y luego estuvo fuera durante meses. Mi madre había dejado de hablar de él y la vida había vuelto casi a la normalidad. Yo pasaba un momento difícil en la escuela, con un insuficiente en álgebra (asignatura que ya había suspendido una vez) y sin saber qué podía hacer para mejorar. Mi madre trabajaba como cajera en el Robert E. Lee por la noche y volvía a las once.

Pero una noche, por alguna razón, no volvió a casa. Yo tenía un examen al día siguiente. Álgebra. Seguramente estaría muy inquieto. Llamé al hotel y me dijeron que había salido a la hora acostumbrada. Eso, por lo que fuera, me dio miedo. Cogí mi coche y me dirigí a las inmediaciones del hotel, un barrio marginal cerca de una zona negra de la ciudad. Recorrí las calles y encontré su coche, un Oldsmobile de color gris y rosa del cincuenta y ocho, que había sido el orgullo y la alegría de mi padre. Estaba aparcado bajo unos sicomoros, frente al edificio de apartamentos donde había trabajado y donde vivía Matt. Creo que sentí pánico, no sé por qué. No era momento para eso, pero es lo que sucedió. No estoy seguro de qué es lo que pensé, pero, reflexionando hoy a ese respecto, creo que se me ocurrió preguntar a Matt —si es que estaba en su casa— si sabía dónde estaba mi madre. Puede que así fuera, aunque también es posible que efectivamente supiera que estaba allí y que lo único que quería era que se fuera.

Entré en el edificio —sería medianoche—, subí en el ascensor y caminé por el corredor hasta su puerta. Golpeé. La aporreé con los puños. Y esperé.

Abrió Matt, pero mi madre estaba allí, en el salón, detrás de él. Tenía una copa en la mano. Las luces estaban encendidas y ella de

pie, en medio de la habitación, detrás de él. Era un apartamento bonito y a ambos los había sobresaltado mi presencia. No los acuso. No los acusaba entonces y me sentía avergonzado de estar allí. Pero estaba, pienso, aterrorizado. No porque ella estuviera allí. Ni porque yo estuviera solo. Simplemente porque no tenía la menor idea de dónde estaba ella. ¿Qué más iba yo a perder?

Me recuerdo sin aliento. Tenía entonces diecisiete años y no me acuerdo de qué hizo o dijo nadie que no fuera yo mismo. «¿Dónde has estado? —dije a mi madre—. No sabía dónde estabas. Eso es todo».

Y eso *fue* todo. Absolutamente todo. Matt habló muy poco. Mi madre cogió su abrigo y nos fuimos a casa en dos coches. Su conducta revelaba que estaba vagamente disgustada. Yo estaba enfadado con ella. Esa noche hablamos. Al final dijo que lo sentía y yo le dije que no me importaba que viera a Matt, que sólo quería que me avisara cuando iba a llegar tarde a casa. Y, que yo sepa, nunca en toda su vida volvió a verse con Matt Matthews, ni con ningún otro hombre, como amante.

Más tarde, años más tarde, cuando se estaba muriendo, traté de explicarle todo esto otra vez —mi comportamiento, lo que pensaba, lo que había pensado—, como si todavía pudiéramos abrir el tema y reparar aquella noche. Lo único que tenía que haber hecho era llamarme o, incluso años después, decir que me tendría que haber llamado. Pero esto, naturalmente, no fue lo que hizo ni el modo en que consideraba la cuestión. Sólo parecía vagamente disgustada y sacudió la cabeza. «Ah, aquello —dijo—. Dios mío. Fue una locura. No tenías por qué haber ido al piso. No estabas en tus cabales. Pero yo comprendí que no podía hacer aquellas cosas. Tenía un hijo que educar». Otra vez pareció disgustada, pero por todo, pensé: todas las cartas que el destino le había dado: una infancia desgraciada, la muerte de mi padre, yo, su propia incapacidad para saltar por encima de todo eso hacia una vida mejor. Era una prueba más de fracaso, una más de las muchas que, creo, sentía que había tenido en la vida.

Sólo quedan estas instantáneas de una época vivida confusamente, una época que era para nosotros como un torbellino, pero que fueron los últimos tiempos en que viviríamos realmente juntos como madre e hijo. No peleamos. Nos amoldamos uno al otro

como adultos. Nos volvimos más irónicos y burlones entre nosotros. Nos lanzábamos miradas, nos observábamos. Nunca utilizábamos la ironía, la doble intención ni el ingenio con rabia. Sabíamos cómo se suponía que debíamos comportarnos y nos complacía hacerlo de esa manera.

Mi madre vendió la casa nueva que había comprado mi padre y nos mudamos a un edificio de pisos: Magnolia Towers. Mi rendimiento escolar mejoró. Ella cambiaba constantemente de trabajo. Yo, en realidad, no registraba esos cambios, aunque, a juzgar por lo que sé ahora, esas cosas no debían de ser fáciles.

No sabía entonces ni sé ahora cómo era la cuestión del dinero. Mi padre tenía un pequeño seguro. Tal vez había algunos ahorros en algún banco. Mis abuelos se hicieron presentes con ofrecimientos. Habían hecho dinero. Pero no había pensión por el trabajo de mi padre; no había esa prestación en su empresa. Sé que el Estado daba algo de dinero por mí, un hijo dependiente. Lo único que quiero decir es que no sé en qué medida necesitaba mi madre trabajar, cuánto dinero necesitaba para sobrevivir, ni si teníamos deudas o acreedores. Es posible que no los tuviéramos y que fuese a trabajar sólo para lanzarse en la dirección que la vida parecía estar tomando para ella, la independencia. La soledad. Todo lo que eso significa.

Hubo momentos memorables. Cuando me robaron el Ford, pasamos un atardecer de invierno fuera de casa, en busca de un concesionario de coches en el campo, donde se suponía que se conseguían gangas, y miramos coches. Ella creía que debíamos reemplazar el mío, y yo también. Pero cuando estábamos mirando coches familiares baratos, vio un Thunderbird negro, clavó la vista en él y supe que eso era lo que quería —para ella—, que eso era lo que la haría sentirse mejor. Sacar de nuestra vida el Olds de mi padre sería una ayuda, y no había allí nadie para decirnos que no lo hiciéramos. Era una especie de nueva libertad, aunque no solicitada. Así que la animé. Ella lo miró fijamente un rato largo, subió y cogió el volante, cerró las puertas unas cuantas veces, y nos marchamos con la promesa de pensarlo. Unos días después, cuando ya lo teníamos pensado, la policía encontró mi coche viejo y ella decidió conservar el Olds.

Otro momento memorable tuvo lugar después de una temporada

en que mi novia y yo habíamos estado experimentando diversos tipos de placer sexual. A ella —una chica de Texas— le pareció de pronto que estaba embarazada y que tanto su vida como la mía estaban arruinadas. La mía, no tengo ninguna duda, parecía estarlo. Abundaban a nuestro alrededor los ejemplos de chicos que se casaban a los catorce años, tenían bebés y se divorciaban. Después de todo, aquello era el Sur.

Pero una vez más me sentí presa del terror y un domingo por la tarde me descargué con mi madre; le dije todo lo que habíamos hecho y lo que no habíamos hecho. Hablé específica y metódicamente en términos de órganos y posiciones, amplitudes y ángulos. Lo que quería con eso era que me dijera, sobre la base de su conocimiento de esas cosas (¿cuánto podía saber en realidad?) si *era posible* que Louise estuviera embarazada. Eran cuestiones que un muchacho debía tratar con su padre, por supuesto. Es cierto, pero ¿quién lo hacía? Sé que yo no lo habría hecho. Esa conversación hubiera sido confusa y hubiera puesto en una situación embarazosa tanto a mi pobre padre como a mí. No nos conocíamos tan bien en nuestro fuero más íntimo. Sea como fuere, él ya no estaba.

Pero a mi madre la conocía muy bien. Al menos yo actuaba como si así fuera, y ella también. Ella tenía cincuenta y dos años; yo, dieciocho. Tenía mucha experiencia conmigo, sabía qué tipo de muchacho era. Eramos socios en mis líos y en los de ella. Me senté en el sofá y con todo cuidado le expliqué lo que me daba miedo, qué era lo que no podía elaborar correctamente en mi pensamiento. Hablé con detalle de todo eso. Y ella, sofocando su temor, con mucho cuidado, me aseguró que todo iba a ir bien. Nadie se quedaba embarazada por hacer lo que estábamos haciendo y tenía que olvidarme de ello. No eran más que fantasías de una chica asustada. No había que preocuparse. Y no me preocupé.

Por supuesto, estaba equivocada. No podía estar más equivocada. Mi novia no se quedó embarazada, pero sólo gracias a la intervención de un hado favorable. Miles de mujeres se quedan embarazadas por hacer lo que nosotros habíamos hecho. Y muchos otros miles, por mucho menos. Sospecho que mi madre no sabía mucho de esto, o bien que había entendido mucho más: que lo hecho, hecho estaba, y que toda la preocupación y las explicaciones y la franqueza carecían de importancia. Debía ser más cuidadoso en

el futuro, si es que había algún futuro. De eso se trataba. Si Louise estaba embarazada, no importaba lo que pensara ninguna otra persona. No valía la pena preocuparse.

Y esto, naturalmente, encierra una lección, una lección que desde entonces he tratado de aplicarme sin éxito a mí mismo. Pero nunca he contemplado el mundo con los ojos de mi madre. Todavía no. Nunca he tenido plena conciencia de la insignificancia de nuestros actos, sean los que sean. Acabaré comprendiendo esta lección, como todos, indudablemente. Pero mi madre fue la primera en enseñármela y la que mejor lo hizo, y pienso que tal vez yo comenzara a entenderla ya entonces.

Después de eso, en los años sesenta, me fui a Michigan para estudiar en la universidad. Fue una decisión mía y de nadie más. Mi madre no me estimuló ni me desalentó. Ir a la universidad en Mississippi no me entraba en la cabeza. Yo quería, pensaba, ser gerente de hotel como mi abuelo, a quien le había ido bien con eso.

Y para ello el estado de Michigan era el sitio apropiado. No recuerdo que mi madre y yo habláramos nunca de la universidad. Ella no había estudiado y no sabía mucho de aquello. Pero estaba decidido que iría, y que sería una cuestión de mi exclusiva incumbencia. No creo que ella pensara que me marchaba para siempre, aun cuando efectivamente el estado de Michigan me había aceptado y yo dije que me iba. No sé qué pensaba ella exactamente. Por entonces, tenía otras cosas en la cabeza. Tal vez pensaba que Michigan no estaba demasiado lejos de Mississippi, lo cual es cierto y no lo es, o que no me quedaría y que pronto volvería a casa. Quizá pensó que nunca me marcharía. O tal vez no pensaba nada, o nada claro, y simplemente tomaba nota de que yo hacía esto o lo otro, enviaba y recibía cartas, a la espera de decidir si, llegado el momento, ella cruzaría ese puente.

Y llegó el momento.

En septiembre de 1962, cogimos la línea Illinois Central en Jackson y fuimos hasta Chicago (el primero de esos viajes que hacíamos juntos). Transbordamos para cruzar la ciudad hacia la vieja estación de La Salle Street de la Grand Trunk Western y fuimos en ferrocarril hasta Lansing. Ella quiso ir conmigo. Creo que

sólo quería ver todo aquello. Michigan. Illinois. Cornfields. Graneros blancos. El Medio Oeste. Quería ver desde la ventanilla de un tren qué sucedía por allá, cómo era aquello, qué aspecto tenía, posiblemente para hacerse una idea mejor de cómo me adaptaría a aquella gente, cómo viviría en sus edificios, comería su comida, aprendería su jerga. Por qué había elegido yo ir allí. Su hijo. Así sentía ella que cumplía con su deber.

Y, además, tal vez lo que ella quería era lo más normal: acompañar a su hijo a la universidad, una despedida; verse ella y verme a mí, por un momento, acomodados al modelo de lo que otras personas podían alcanzar, lo que otras personas hacían en general. Si eso también podía ocurrirle a ella, a nosotros, tal vez era posible recuperar una vida normal, pues entonces su vida no podía considerarse normal.

Así, al final de la semana, en los últimos días del mes de septiembre, después de matricularme, instalarme y conocer a mis compañeros de habitación y tras haber pasado días con ella yendo de aquí para allá y comiendo en moteles hasta que no nos quedó nada por decir, me sorprendí subido a un banco de una/parada de autobús junto a las vías del ferrocarril, en la vieja estación de la Grand Trunk Western de Lansing, con los brazos levantados en el frío y cortante aire para que ella me viera mientras se alejaba de regreso a Chicago. Y yo la veía, su rostro borroso tras una ventanilla oscura y la palma de una mano aplastada contra el cristal para que yo la viera. Estaba llorando. Adiós, decía. Yo moví un brazo en el aire frío, dije «Adiós. Te quiero» y esperé que el tren desapareciera a través de la urdimbre de aquella vieja ciudad industrial de ladrillo. Supongo que se podría decir que en ese momento yo daba comienzo a mi vida en serio y que lo que hubiera quedado de mi infancia tocaba a su fin.

Después de eso comenzó la vida que llevaríamos hasta el final. Una vida fragmentada, truncada, de visitas largas y cortas. Cartas. Llamadas telefónicas. Telegramas. Encuentros en ciudades lejos de casa. Conversaciones en automóviles, aeropuertos, estaciones de ferrocarril. Esfuerzos por vernos. Las separaciones lo dominaban todo; mi envejecimiento y el de ella eran objeto de observación

desde distancias diferentes.

Resistió sola en Mississippi un año, se trasladó de nuevo a la parte de atrás de la casa de Congress Street, alquilaba el otro lado y trabajaba en el hospital, donde por un tiempo, pienso, toda la nueva vida que tenía entre manos rendía sus frutos, tenía coherencia. Estoy conjeturando, como es fácil de advertir, pues ya me había ido. Pero al menos decía que le gustaba el trabajo, que le gustaban los jóvenes médicos internos del hospital, que le gustaba el ambiente dramático del servicio de urgencias e incluso que le gustaba trabajar. Puede que comenzara a encontrar positivo que yo no estuviera. Puede que le pareciera que tenía una vida por delante. Que en aquellas circunstancias le fuera razonablemente bien, que se sintiera menos tensa, que dejara que las cosas sucedieran sin temer lo peor. Algo malo terminaba convirtiéndose en menos malo.

Esto es al menos lo que yo deseaba pensar. Lo que siente un hijo en relación con su madre viuda cuando él está lejos se convierte en un asunto implícito. No es simplificar demasiado decir que le desea lo mejor. En todos esos años, los años de vida fragmentada con mi madre, me di cuenta (como he dicho) de que no volvería a ser feliz del todo. En parte se trataba de su elección; en parte, de su propio carácter, de cómo contemplaba su vida sin mi padre, con él muerto y tanta vida por vivir de una manera nada ideal. En lo más profundo, siempre estaba resignada. Nunca podía sondearla sin chocar con este punto, un punto en el que simplemente ya no se esperaba nada. Esto no quiere decir que, una vez transcurrido suficiente tiempo, mi madre fuera infeliz. Ni que nunca riera. Ni que no viera la vida como vida, que no se recuperara o no volviera a encontrarse consigo misma. Hacía todo eso, sí. Pero no del todo, no como una madre, como cualquier madre, que disimula ante su hijo único que la ama. Yo siempre la veía así. Siempre sentía eso. Siempre me parecía, cómo decirlo, ¿descontenta de la vida?, ¿resistiéndose a la vida? Siempre deseaba que se abandonara más de lo que parecía capaz de hacerlo; pues en la mayoría de los sentidos mi propia vida parecía impulsarme hacia adelante, y no quería que no sucediera lo mismo con la de ella. Casi desde el principio tuve la sensación de que la muerte de mi padre me entregaba al menos tanto como me quitaba. Me dejaba vivir mi vida de acuerdo con mis propios proyectos, me dejaba tomar mis propias

decisiones. Peores cosas podrían sucederle a un muchacho que perder a su padre —incluso un buen padre— precisamente cuando el mundo empieza a desplegarse a su alrededor.

Pero las cosas no se dieron así en el caso de mi madre, aunque no sé decir cómo se dieron exactamente. Lo que puedo decir es que durante todos los años posteriores a la muerte de mi padre, veintiuno, su vida nunca pareció plenamente volcada en algo. Hizo viajes. A México, a Nueva York, a California, a Banff, a islas. Tenía amigos que la querían y de los que hablaba bien. Tuvo una vida cada vez más cómoda tras la muerte de sus padres. Nos tenía a nosotros —a mi mujer y a mí—, que la queríamos sin ninguna duda y la incluíamos en todo lo que nos era posible. Pero si le decía —como le dije—: «¿Disfrutas de la vida, madre? ¿Está todo bien?», se limitaba a mirarme con impaciencia y a girar los ojos. «Richard —decía—, nunca conoceré la felicidad plena. No está en mi naturaleza. Concéntrate en tu vida. Déjame sola. Yo me ocuparé de mí».

Pienso que eso es justamente lo que hizo por encima de todo después de la muerte de mi padre y de mi partida, cuando se quedó sola; se ocupaba de sí misma, hacía de eso un objetivo. Se volvió enérgica, sistemática, más pertinaz. Su voz profunda se hacía cada vez más profunda, adoptaba una especie de gravedad. Por la noche bebía para embriagarse un poco y adoptaba una actitud afectada (en particular con los hombres, a quienes comenzaba a considerar una carga). Hizo que su situación se convirtiera en costumbre y piedra angular de su carácter. No quería que nadie se aprovechara de ella, aunque sospecho que nadie lo intentaba. Una viuda tenía que estar alerta, tenía que prestar atención a todos los detalles. Nadie podía ayudarla. Una vida vivida con eficiencia no la salvaría, no; pero la prepararía para aquello de lo que nadie podía salvarla.

Mientras, también se ocupó de mí y de mi mujer a distancia y según lo necesitábamos. Se ocupó de su madre, que finalmente enfermó y luego quedó inválida, pero que nunca se mostró agradecida. Se ocupó de su padrastro, que había regresado a Little Rock. Vendió su casa, suya y la primera de mi padre, y vivió con mis abuelos en el hotel, y luego —tras la muerte de Ben— en distintos apartamentos de la ciudad. Volvió a ser hija a los cincuenta y cinco años, una hija que cuidaba de su anciana madre.

Tenían suficiente dinero. Un buen coche. Un círculo de amigos que también habían enviudado, gente de su nivel social. Se acompañaban. Iban a comer en pequeños grupos, jugaban a la canasta por las tardes, hablaban por teléfono, veían la televisión, discutían, se aburrían, se impacientaban y se enfadaban. Organizaban cócteles. Se reían de los hombres. Llamaban la atención. Vivían una buena y cómoda vida de espera.

Durante ese tiempo, nuestra vida —hablo de mi madre y de mí— se reducía a mi conocimiento de cómo era su vida. Y a visitas. Vivíamos lejos uno de otro. Ella en Little Rock. Yo, entonces Kristina y yo, en Nueva York, California, México, Chicago, otra vez Michigan, Nueva Jersey, Vermont. Llegaba en trenes, aviones o coches, dispuesta a prestarnos dinero y a llevarnos a comer. A comprarnos lo que necesitáramos. A pintar una habitación. A preocuparse por mí. A estar un tiempo dondequiera que nos halláramos y luego regresar a su casa.

Es muy probable que todo el mundo crea que circunstancias particulares como estas no corresponden exactamente a la vida de la inmensa mayoría. No que sean mejores. Ni peores. Sólo, en cierto sentido, peculiares. Nuestras vidas, la de mi madre y la mía, parecían peculiares. O posiblemente sólo parecían imperfectas. La distancia. Su soledad. Nuestras visitas y partidas. Todo esto consumió veinte años de la vida de cada uno de nosotros, para ella los últimos, para mí los segundos, cuando se iniciaba lo que iba a ser mi vida. Nunca me pareció del todo bien que durante todos esos años no pudiera ver más a mi madre, que no tuviéramos una vida cotidiana común. Que no pudiéramos compartir por completo las readaptaciones que hacíamos tras la muerte de mi padre. Supongo que nunca hubo un momento en que la vida fuera para nosotros tan plena como lo había sido antes de su fallecimiento. Esta imperfección subyacía en todo. Y cuando se iba una vez y otra, y otra, lloraba. Y lloraba por eso. Porque ya nunca estaríamos juntos, porque aquello había desaparecido. Sólo nos quedaba esto. Y no era suficiente, en absoluto, para compensar todo aquel tiempo juntos que habíamos perdido. Una vez me dijo que en un ascensor una mujer le había preguntado: «¿Tiene hijos, señora Ford?». A lo que ella respondió: «No». Y luego pensó: «Bueno, sí, tengo. Está Richard».

Las conversaciones que tenía con mi madre durante esos años versaban predominantemente sobre televisión, las películas que habíamos visto y las que no habíamos visto, los libros que ella estaba leyendo, el béisbol. Por una u otra razón, surgía el tema de Johnny Bench. Mi mujer y yo la llevábamos a las World Series, donde apoyaba al equipo que a nosotros no nos gustaba y se quejaba de los asientos que nos había costado un triunfo conseguir para ella. La llevábamos al Universal Tour. La llevábamos otra vez al Antoine's. La llevábamos en coche a California y a Montreal. A Maine. A Vermont. Al norte de Michigan. Dondequiera que fuéramos y pudiéramos llevarla. Nosotros —ella y yo— nos observábamos recíprocamente. Ella observaba a mi mujer y mi matrimonio y ambas cosas le gustaban. Observaba mis esfuerzos para ser escritor y no terminaba de entenderlos. «Pero ¿cuándo buscarás trabajo y te asentarás?», me preguntó una vez. Observaba que no teníamos hijos y no hacía comentarios. Observaba su vida y la nuestra y es posible que no se explicara del todo cómo una era origen de la otra.

Por mi parte, yo observaba que ella envejecía; veía que la vida no era completamente de su agrado y que hacía casi todo superficialmente, que cogía un trabajo de vez en cuando para terminar dejándolo. Observaba que me quería; a veces me llevaba aparte por la mañana temprano, cuando podíamos estar solos y juntos como dos adultos, para decirme: «Richard, ¿eres feliz?». Y cuando le respondía que sí, me advertía: «Debes ser feliz. Eso es muy importante».

Así transcurría la vida. No completamente sin objetivo. Pero sin un objetivo claro. Tal vez esto sea propio de toda vida con los padres: un sentimiento de que debería alcanzarse una meta, luego el reconocimiento de cuál es esa meta insoslayable y finalmente el devolver la atención a lo que está hoy aquí y presente. A lo que sólo está aquí.

Hay algo, cierta esencia de la vida, que no surge con claridad de estas palabras. No hay palabras suficientes. No hay acontecimientos suficientes. No hay memoria suficiente para rememorar toda una vida y ponerla en orden, darle exactitud. En cierto modo, separados durante esos años, mi madre y yo vivimos uno con respecto al otro

de la manera en que lo hacen las personas que se quieren y desean verse más. Como amigos. Ni siquiera he comentado que no interfería. Que aceptaba que mi vida con Kristina hubiera mermado en parte su maternidad. Que no emitía juicios al azar. Que veía sus visitas bien recibidas, ciertamente lo eran. En verdad, ella pensaba que lo que habíamos hecho de la vida, ella y yo, era el resultado natural de acontecimientos anteriores e igualmente naturales. Como antes, tampoco ahora era una psicóloga. Ni le interesaba indagar. Ella jugaba las cartas que le habían tocado. Por una extraña comprensión, sabíamos que eso era la vida. Eso era lo que teníamos. Eramos fatalistas, madre e hijo. Y nos acomodábamos a eso como mejor podíamos.

En 1973 mi madre descubrió que tenía cáncer de pecho. Debió de suceder como suceden estas cosas, y como le sucede a gente como ella. Un tiempo con la conciencia de que hay algo. Un tiempo de preocupación y de creciente certeza. Una mención a un amigo, que no hace nada. Por fin una mención a mí, como al pasar. Me ocupé de inmediato de que la viera un médico, quien realizó pruebas y no pareció alentar esperanzas.

Lo que recuerdo de aquel breve período, que tuvo lugar en Little Rock, es que después de la primera visita al médico, una vez planificadas todas las pruebas y demás diligencias, ella, Kristina y yo pasamos juntos el fin de semana. La ingresaban el lunes. Pero el sábado fuimos al campo, visitamos a la familia de mi padre, sus primos, a quienes ella quería, y su tumba. Dijo que «ingresaría para las pruebas» y ellos —todos mayores que mi madre— simularon no preocuparse. Viajamos en su Buick sin destino premeditado, simplemente para estar juntos. Era, y de alguna manera lo sabíamos, el final de un período en que éramos exactamente lo que éramos, lo que de nosotros habíamos hecho y perfeccionado, habida cuenta de lo sucedido. Algo en esas pruebas estaba a punto de cambiarlo todo, y queríamos poner de manifiesto nuestra convicción de que eso había sido una vida, que, efectivamente, ese hábil ir y venir, esa salud, ese humor, ese afecto que se expresaba de manera intermitente y explosiva, habían sido una vida. Habían sido una realidad. Y nada podría cambiarla. Podíamos mirar hacia

atrás y sentirnos lo suficientemente vivos.

La muerte se toma un largo tiempo antes de culminar su tarea. Y en ese tiempo, en su esencia misma, hay una vida que debe vivirse eficazmente. Es lo que hicimos. No nos sorprendió descubrir que la vida que habíamos confirmado aquel fin de semana podía servirnos de sostén para continuar. Había siete años por delante, pero no lo sabíamos. Así que continuamos de la misma manera. Volvimos a estar lejos. A visitarnos. A insistir en que la vida es estar vivo, en la convicción de que muy fácilmente podía ser menos. A mí me parece igual que el tiempo que había transcurrido antes. No del todo. Pero casi. Charlas por teléfono. Visitas, viajes, amigos, acontecimientos. Una necesidad más acusada de saber «cómo estaban las cosas» y una voluntad de que resultaran perfectas para el momento presente.

Mi madre, pienso, sobrellevó lo mejor que pudo sus graves problemas. Le habían extirpado un pecho. Le aplicaron radioterapia. Tuvo que afrontar el retorno a su vida solitaria. Todo lo hizo aparentemente con un mínimo de temor y una gran dignidad y resignación. Era como si los años previos hubieran sido una preparación para las malas noticias. Para hacer frente a desastres. Y pienso que así lo reconocía y que tenía clara conciencia de cómo llevaba las cosas.

Fue la primera vez que me planteé seriamente que mi madre viniera a vivir conmigo. Como era una cuestión que había sido bien analizada toda nuestra vida, había precedentes que permitían adoptar un punto de vista. La actitud de mi madre era muy clara. Ella se oponía. Pensaba que estropeaba las vidas, que lo echaba todo a perder, y se negó por adelantado. Ella había vivido con su madre y eso había terminado en años de grave infelicidad. Riñas. Imposibilidades. A su madre le indignaba que la cuidaran, lo odiaba. Se hizo más mezquina. Maniática. No había posibilidad alguna de que aquello terminara bien. Ella esperaba no tener que subir lo mismo y quería que yo renunciara a la idea. Que es lo que hice. Reíamos pensando en cómo la dejaría abandonada, ella en el asilo para pobres y yo en algún sitio pasándolo en grande.

Pero era práctica. Había hecho previsiones. Un lugar llamado Presbyterian Village, en Little Rock, sería su hogar cuando fuera necesario, dijo. Ella había pagado y ellos habían prometido cumplir con su deber. Y así fue. «No quiero depender de nadie», dijo, y era

lo que pensaba. Y mi mujer y yo consideramos que era una buena solución desde todos los puntos de vista.

De modo que la vida volvió a su ritmo normal, o al más normal posible. A la sazón nos habíamos mudado a Nueva Jersey. Teníamos una casa. Y muchas visitas, la mayoría de las cuales eran las de mi madre, que por la tarde caminaba por el patio umbroso, hablaba con nuestros vecinos como si los conociera, y cavaba los canteros para las flores. Parecía saludable. Animada. La enfermedad y la posibilidad de la enfermedad le habían hecho tomar su vida con mayor fuerza. Parecía querer más cosas. Hacer cruceros. Visitar Hawai. Moverse. Tenía nuevos amigos, más jóvenes que ella. Sureños enérgicos, agradables. Los llamaba por su nombre de pila. Blanche. Herschel. Mignon. Personas con las que nunca nos encontrábamos, que bebían y reían, que la querían y a quienes ella quería. Tengo retratos mentales de ellos.

El año se contaba de examen médico a examen médico, siempre a finales de invierno, no mucho después de mi cumpleaños. Pero cada año teníamos buenas noticias tras la preocupación. Y cada año había un momento para celebrar y sentir alivio. Un indulto.

No quiero decir que nuestra existencia discurriese al margen de la perspectiva y el prisma de la muerte. Nadie, me parece, puede perder a uno de sus padres y no vivir a la espera de que el otro muera de repente o comience a morir. La alegría de sobrevivir está teñida por la dolorosa certeza de que no puedes sobrevivir. Y durante aquellos días en casi todo lo que veía de la vida de mi madre leía su muerte. Buscaba la enfermedad. Escuchaba con demasiado cuidado sus quejas. Imaginaba oscuramente su muerte, así como mi propio horror por ella; me sometía a un tratamiento preventivo para no hundirme por completo cuando llegara el momento.

Lo primero fueron los dolores de espalda. Es difícil recordar exactamente cuándo comenzaron. En la primavera de 1981, seis años después de su primera operación. Vino de visita a Nueva Jersey y algo no iba bien. Tenía setenta años, pero el dolor había entrado en su vida. Parecía agotada, invadida por el sufrimiento. Había consultado médicos en Little Rock, pero le habían dicho —contó— que nada de aquello tenía relación con su cáncer. Era un problema de espalda. El organismo se iba desgastando. Regresó a su

casa, pero en verano el dolor aumentó. Yo la llamaba y el teléfono sonaba un largo rato hasta que contestaba con voz débil, apenas audible. «Me duele, Richard —me decía—. El médico me está dando pastillas. Pero no siempre me van bien». Yo le decía que iría a verla y ella me respondía: «No, ya me pondré bien. Haz lo que tienes que hacer». De esa manera transcurrió el verano y comenzó el otoño.

Yo había empezado a trabajar en Massachusetts cuando un día sonó el teléfono. Era de madrugada. No sé de nadie que llame a nadie a esas horas a menos que haya de por medio un fallecimiento; pero no era el caso. Mi madre había ido al hospital la noche anterior, en una ambulancia. Sufría. Y cuando llegó, el corazón se le paró un momento, pero volvió a funcionar. Estaba mejor, según dijo en el teléfono una enfermera desde Little Rock. Respondí desde Massachusetts que volaría ese día; que buscaría quien se encargara de mis clases e iría al aeropuerto de Albany. Y fue lo que hice.

En Little Rock todavía era verano. Un amigo de mi madre llamado Ed fue a esperarme y me llevó en su coche. Pasamos entre viejos edificios y cruzamos las vías del ferrocarril y el río Arkansas. Su tono intentaba consolarme: dijo que las cosas no habían ido bien. Mi madre había estado más enferma de lo que yo creía; había pasado el día en su piso, sin salir. Había estado en cama todo el verano. Era necesario que me fuera preparando para algo: su muerte.

Pero en realidad se trataba de algo más que de su muerte. La vida misma —la suya en particular, la nuestra— entraba en un nuevo tipo de sucesos. Estas cosas podían comprenderse, eso es lo que Ed intentaba decirme. No aceptarlas era inútil y, quizá, también irracional. Después de todo, era inevitable. Y era mejor tomarlo de esa manera.

Y eso es, supongo, lo que empecé a hacer. Ese viaje en el coche, a través de la ciudad, hasta el hospital, fue para mí la línea divisoria. Un hombre al que apenas conocía me sugería cómo debía tomarme las cosas; qué debía hacer con mi propia madre, con mi propia vida. En esencia, me sugería que empezara a encontrar *mi sitio* en todo aquello. A guardar distancia. A ser él o como él. Era lo mejor. Y fue lo que hice.

Resultó que mi madre fue mejorando. Pero le había sucedido algo muy poco común. Se le había parado el corazón. Había sufrido

una congestión pulmonar, nos lo comunicó el médico a los dos. Ya le habían practicado otras pruebas y los resultados no eran buenos. El médico era un hombre pequeño, de pelo rizado y ojos brillantes. Hablaba con suavidad y parecía querer a mi madre. Recordó el aspecto que tenía cuando fue a verlo por primera vez. «Saludable», dijo, y se sentía perplejo ante el curso de una enfermedad que, se suponía, él conocía bien. Ahora no recuerdo su nombre. Entró en la habitación, se sentó en la silla con unos papeles y nos dio malas noticias. Las malas noticias normales. El dolor de espalda era cáncer. Iba a morir, pero no sabía cuándo. Durante el año siguiente, suponía. No parecía haber ninguna esperanza de recuperación. Yo sabía que le entristecía saberlo y decirlo. En cierto modo, su papel era más difícil que el nuestro.

En realidad no recuerdo qué le dijimos. Estoy seguro de que le hicimos preguntas muy pertinentes, pues éramos hábiles en las situaciones difíciles. No recuerdo que mi madre llorara. Sé que yo no lloré. Los dos sabíamos cuál era el mensaje. Se trataba de ese mensaje que ponía fin a una larga incertidumbre. Y no puedo creer que ambos, cada uno a su manera, sintiéramos alivio, como si hubiera quedado satisfecha una curiosidad y se pasara a otra cosa. A la verdadera pregunta —¿en qué medida esto es grave?— se puede responder en un santiamén y dar la cuestión por zanjada. Es realmente extraño. Me pregunto si los médicos saben lo extraño que es.

Sin embargo, en cierto sentido, aquella noticia no cambiaba nada. Después de todo, la fuerza de persuasión de la vida normal es irresistible. Aceptar menos que la vida, cuando no es absolutamente necesario, es estúpido.

Creo que tuvimos algunas conversaciones. Ella salió del hospital y, al menos en mi recuerdo, yo me quedé con ella hasta que tuve que volver a mi trabajo. Hicimos planes para una visita. Más viajes. Iría a Massachusetts cuando estuviera lo suficientemente fuerte. Todavía podíamos proyectar un futuro, y eso era exactamente lo único que pedíamos.

Volví a la enseñanza y hablaba con ella todos los días, aunque la idea de que empeoraba, de que las cosas seguían su curso y yo no podía hacer nada para detenerlas, me hizo perder unos días. Fue una época horrible, en la que la vida parecía arruinada, sin futuro,

abocada a las decepciones.

Durante ese tiempo mi madre permaneció fuera del hospital, le hicieron transfusiones de sangre, con las que parecía encontrarse mejor, aunque eran un mal presagio. Me imagino que salía con sus amigos. Que tenía compañía. Que vivía como si la vida fuera a continuar. Y luego, a comienzos de octubre, vino al norte. Yo fui a Nueva York, la recogí y volvimos a la casa que alquilaba en Vermont. Había niebla y casi todas las hojas habían caído ya. La casa estaba fría e inhóspita, de modo que la llevé a comer a Bennington sólo para entrar en calor. Dijo que le habían hecho otra transfusión para el viaje y que se quedaría conmigo mientras le durara el efecto positivo, hasta que volviera a sentirse débil.

Así hicimos. Otra vez una espera de vida normal entre nosotros. Yo daba mis clases, hacía mi trabajo, regresaba por la noche. Ella se quedaba en la gran casa con mi perro. Leía. Se preparaba la comida. Veía las World Series. Miraba cómo asesinaban a Sadat. Miraba por la ventana. Por la noche hablábamos. Yo me ocupaba de mis tareas para la universidad y no salía mucho. Con mi mujer, que estaba trabajando en Nueva York y viajaba los fines de semana, paseábamos en coche por el campo, recibíamos y hacíamos visitas, vivíamos juntos como lo habíamos hecho durante aquellos años en todas partes. No sé qué otra cosa podíamos haber hecho, de qué otra manera teníamos que pasar el tiempo.

Un día soleado de principios de noviembre, cuando llevaba tres semanas conmigo y parecíamos haber agotado las cosas que teníamos para hacer o los temas de conversación, se sentó junto a mí en el sofá y dijo:

—Richard, no estoy segura de cuánto tiempo más me podré valer por mí misma. Lo siento. Pero es la verdad.

—¿Te preocupa? —le pregunté.

—Bueno —dijo ella—, sí. Mi entrada en el Presbyterian Village no está programada hasta bien entrado el próximo año. Y no estoy segura de qué es lo que seré capaz de hacer hasta entonces.

—¿Qué te gustaría hacer?

—No lo sé exactamente —respondió. Parecía preocupada. Miraba por la ventana, hacia el pie de la colina, donde los árboles estaban desnudos y había niebla.

—Tal vez te encuentres mejor —dije.

—Bueno, sí. Podría ser. Supongo que no es imposible.

—Yo pienso que es posible —afirmé—. Claro que sí.

—Bueno, de acuerdo —dijo mi madre.

—Si no es así, si para Navidad no te ves capaz de hacer todo por ti misma, puedes venirte con nosotros. Volveremos a Princeton. Puedes vivir allí.

Entonces vi una luz en los ojos de mi madre. En todo caso, una *especie* de luz. Aceptación. Alivio. Concesión. Buena disposición.

—¿Estás seguro de eso? —dijo, y me miró. Los ojos de mi madre eran de color castaño oscuro, recuerdo.

—Claro que estoy seguro. Eres mi madre. Te quiero.

—Bueno —dijo, y asintió con la cabeza, sin una sola lágrima—. Entonces comenzaré a pensar en eso. Tengo que disponer algunas cosas relativas a los muebles.

—Bien, espera —dije. Y esto es lo que, más que ninguna otra cosa en mi vida, quisiera no haber dicho nunca. Palabras que no hubiera querido oír nunca—. No hagas planes todavía. Quizá para entonces te sientas mejor. Tal vez no sea necesario que vengas a Princeton.

—¡Ah! —dijo mi madre, y lo que fuera que hubiera iluminado sus ojos desapareció de repente. Y resucitaron sus preocupaciones. Resurgió todo lo que había quedado dormido entre aquel momento y el siguiente—. Entiendo. Muy bien.

Yo podía no haber dicho aquello. Podía haber dicho: «Sí, haz tus planes. Sea como sea, no habrá problema. Yo me encargaré». Pero no dije eso. En cambio, delegué mi responsabilidad en otra cosa, en otro futuro, y al menos retrospectivamente sé qué futuro era. Y lo mismo, pienso, hizo ella. Tal vez se podría decir que en ese momento fui testigo de cómo afrontaba ella su muerte, la veía llevándosela más allá de sus límites, y yo mismo temí tal cosa, temí todo lo que sabía; me aferré a la vida, a la posibilidad de vida y de cambio. Tal vez temí algo más tangible. Pero la verdad es que, después de aquello, todo lo que pudiéramos haber hecho el uno por el otro, fuera lo que fuese, pasaba inadvertido y desaparecía. Y, aun juntos, estábamos solos.

El resto puede contarse rápidamente. En un día o dos la llevé a Albany. Decía que en mi casa tenía frío, que no podía calentarla, y estaría mejor en la suya. Esa era nuestra versión, aunque en ningún

lugar había calor suficiente para calentarla. Estaba pálida. Y cuando la dejé en la puerta de embarque del aeropuerto volvió a llorar, de pie, mirándome mientras me alejaba por el largo corredor y saludando con la mano. Saludé a mi vez de la misma manera. Era la última vez que la vería así. De pie. En el mundo. No lo sabíamos, por supuesto. Pero sabíamos que algo iba a pasar.

Seis semanas después estaba muerta. Nada excepcional que contar al respecto. Nunca vino a Princeton. Su mal se la llevó. «Mi cuerpo me ha traicionado» es algo que la recuerdo decir. También decía: «Ahora tengo pocas oportunidades o ninguna». Y era verdad. No la vi muerta, ni quería hacerlo, simplemente atendí la noticia del hospital cuando me llamaron para decírmelo. Aunque ese mes la vi afrontar la muerte una y otra vez, y por eso creo que ver afrontar la muerte con dignidad y valor no confiere una cosa ni la otra, sino sólo lástima, desamparo y miedo.

Todo el resto es privado: momentos y mensajes cuyo conocimiento no mejoraría el mundo. Ella sabía que yo la quería porque se lo dije bastantes veces. Yo sabía que ella me quería. Esto es lo único que ahora me importa, lo único que debe importar.

Y para terminar.

¿Alguna vez se tiene una «relación» con la madre? No. Pienso que no. Lo típico sólo existe en la mente de personas poco reflexivas. Nosotros —mi madre y yo— nunca estuvimos unidos por la culpa o la vergüenza, ni siquiera por el deber. El amor lo cubría todo. Esperamos que este fuera fiable y lo fue. Siempre nos encargamos de decirlo —«Te quiero»— como si, inesperadamente, pudiera llegar un momento en que ella o yo quisiéramos oírlo, o cada uno de nosotros quisiera oírse a sí mismo decirlo al otro, pero por alguna razón no fuera posible. Entonces el daño sería inmenso: confusión, ignorancia, una vida incompleta.

Mi madre y yo nos parecíamos. Más bien llenitos, la frente alta, el mismo mentón, la misma nariz. Hay fotos que lo demuestran. En mí la veía a ella, incluso la oía reír. No hubo en su vida nada particularmente brillante, nada notable. Nada heroico. Ningún logro honorífico que ensanchara el corazón. Se daban bastantes factores negativos: una niñez que no merecía ser recordada; un marido al que amó para siempre y al que perdió; a continuación, una vida que no requiere ningún comentario. Pero, de alguna manera, hizo para

mí posibles mis afectos más verdaderos, como los que una gran obra literaria conferiría a su lector devoto. Y conocí con ella ese momento que todos querríamos conocer, el momento de decir: «Sí, las cosas son así». Un acto de conocimiento que confirma el amor. Conocí eso. Conocí muchísimos momentos como ese con ella, los conocí incluso en el instante en que ocurrieron. Y ahora. Y, supongo, los conoceré siempre.



RICHARD FORD (16 de febrero de 1944 en Jackson, Mississippi). Novelista y escritor de relatos estadounidense que se agrupa entre los autores etiquetados como practicantes del «realismo sucio». Obtuvo su grado de Bachelor of Arts en la Universidad de Michigan y posteriormente un Master of Fine Arts en escritura creativa, en 1970 en la Universidad de California, Irvine, después de un breve paso por la Facultad de Derecho.

Se inició escribiendo relatos para las revistas *Esquire, The Paris Review*, y *The New Yorker* antes de terminar su primera novela, *Un trozo de mi corazón*, en el año 1976. Su experiencia de trabajo en la revista de deportes *Inside*, le sirvió de base para escribir su primera novela de éxito *El periodista deportivo* (1986), que fue nominado uno de los cinco mejores libros de ese año por la revista *Time* y luego la novela *Wildlife*, traducida al español como *Incendios* (1990). El reconocimiento mundial le llegó con *El día de la independencia* (1995), novela que obtuvo el premio Pulitzer y el PEN/Faulkner para ficción.

En el género Relato, destacan sus títulos *Rock Springs* (1987), *De mujeres con hombres* (1997) y *Pecados sin cuento* (2002) además de una breve obra autobiográfica, *Mi madre* (1998).